

## REPRESENTACIONES DE LEONARDO DA VINCI SOBRE PAISAJES Y FÁBULAS

*Eduardo García de Zúñiga*  
*Ingeniero, científico y profesor universitario*

### RESUMEN

Recogemos a continuación una serie de Representaciones descriptivas pensadas y escritas por el genial y multidisciplinar Leonardo da Vinci, las cuales versan sobre diversos ámbitos y disciplinas a nivel artístico, filosófico, científico, etc., y que constituyen un verdadero legado histórico. Estas representaciones fueron recopiladas y traducidas por Eduardo García de Zúñiga, ingeniero, científico y profesor universitario uruguayo que desarrolló importantes proyectos culturales e históricos como éste.

### 1. SOBRE LOS PAISAJES

- *Un efecto de nubes sobre el Lago Mayor.* He visto ya tales condensaciones de nubes en la atmósfera; y sobre Milán, cerca del Lago Mayor, he visto una nube en forma de grandísima montaña, llena de peñascos incendiados, porque el sol, que ya tocaba el horizonte, la teñía de su color rojizo. Y esta nube atraía a sí todas las nubecillas que la rodeaban; y la nube grande no se movía de su lugar; antes bien, conservó en su cumbre la luz del sol hasta una hora y media después de anochecer, ¡tan inmensa era! Y hacia las dos horas de la noche se levantaron grandes vientos de una fuerza estupenda e inaudita.

- *Variadas coloraciones del mar.* El mar undoso no tiene un color único. Para quien lo ve de tierra firme es de un color oscuro, y tanto más oscuro cuanto más vecino al horizonte, observándose en él algunas manchas claras o lustrosas que se mueven con lentitud como blancas ovejas en medio de una tropa de ganado. Para quien lo ve desde alta mar, parece azul; y esto viene de que, desde la tierra, sus ondas reflejan la oscuridad de la tierra, mientras que, observado de alta mar, se ve el aire azul reflejado como en un espejo sobre la superficie de sus olas.

- *La isla de Chipre.* De las costas meridionales de la Cilicia se ve, hacia el sur, la bella isla de Chipre, que fue el reino de la diosa Venus. Muchos, atraídos por su belleza, han destrozado los cascos y obenques de sus naves contra los escollos que la rodean y en medio de las olas vertiginosas. La hermosura del suave collado invita a los navegantes vagabundos a recrearse entre sus floridas verduras que, agitadas por los vientos juguetones, llenan de suaves olores la isla y el mar que la circunda... ¡Oh, cuántos barcos naufragados en sus costas!, ¡cuántos despedazados en sus escollos! Aquí podrían verse innumerables navíos deshechos y medio cubiertos de arena, unos mostrando sólo la popa fuera del agua, otros la proa, o la carena, o las cuadernas: espectáculo que hace soñar con un juicio final de buques muertos, prontos a resucitar. ¡Tan grande en la multitud de los que cubren toda la ribera septentrional! Aquí los aquilones resuenan con varios horribles estruendos.

- *Una ascensión al Monte-Rosa.* Afirmo que el azul que el aire muestra no es su color propio, sino que es causado por la humedad caliente, evaporada en diminutos átomos insensibles, la cual absorbe

los rayos solares que la hieren y se hace luminosa bajo la oscuridad de las inmensas tinieblas de la región del fuego que la recubren.

- Y esto verá, como lo vi yo, el que suba al Monteroso (*Monte-Rosa*), cima de los Alpes que divide Francia de Italia. Esta montaña da nacimiento en su base a cuatro ríos, que riegan en cuatro direcciones contrarias toda la Europa; y ninguna montaña tiene su base a tanta altura.

- Su altura es tal, en efecto, que casi está por encima de todas las nubes; y rara vez nieva sobre ella, sino únicamente granizo de verano, cuando las nubes ascienden a mayor altura; y este granizo se conserva de modo que, si no fuera porque rara vez cae y rara vez suben tan alto las nubes (cosa que solamente ocurre un par de veces por generación), el hielo formado por capas sucesivas de granizo alcanzaría grandísima altura. Ellas aparecen más espesas a mediados de julio. Pude observar sobre mí la oscuridad tenebrosa del aire, y comprobar que el sol hería aquí, más luminoso, la montaña, que en las bajas llanuras; porque se interponía menos aire entre la cima de la montaña y el sol mismo.

- *La vegetación sobre una colina.* Sus hierbas y plantas serán de color tanto más pálido cuanto más árido y escaso, de humor sea el terreno que las nutre; y el terreno es más árido y pobre sobre las piedras de que se componen los montes. Los árboles serán tanto más pequeños y delgados cuanto más próximos estén a las cumbres de los montes, pues el terreno es tanto más estéril cuanto más vecino a dichas cumbres, y tanto más rico en humores cuanto más se acerca a la concavidad de los valles.

- Mostrarás, por consiguiente, ¡oh, pintor!, en lo alto de los montes, las piedras de que están constituidos, desprovistas de tierra en su mayor parte; y las hierbas que allí nacen, pequeñas, delgadas, pálidas y secas por falta de savia; y dejarás entrever el arenoso y magro terruño por entre las pálidas hierbas, y las menudas plantas, fatigadas, envejecidas, de ínfimo tamaño, con cortas y espesas ramificaciones y pocas hojas, descubriendo en gran parte las raíces áridas y carcomidas, agarradas a las lajas y grietas de las rugosas peñas, así como los troncos mutilados por los hombres y los vientos. Aparezcan también por doquiera, superando montes y collados, peñascos vestidos de sutil y pálido musgo, y sólo en partes luciendo su verdadero color, que el rayo puso de manifiesto, hiriéndolos para vengarse del obstáculo opuesto por ellos a su trayectoria.

- Y a medida que descendas hacia la base de los montes, las plantas serán más vigorosas y mejor provistas de ramos y hojas, y su verdor diferirá de una a otra de las especies que forman la selva; siendo además diversa de una a otra especie, la ramificación, tanto en la ordenación de los ramos como en su frondosidad. Las hojas estarán a diferentes alturas y afectarán contornos diferentes; ciertos árboles tendrán ramos rectos, como el ciprés; otros ramos esparcidos y dilatados, como el castaño, la encina y sus semejantes. Algunos tienen pequeñísimas sus hojas; o escasas, como el enebro y el plátano. En fin, hay plantas que nacen separadas unas de otras; pero las hay también que crecen unidas, sin espacios intermedios.

## 2. SOBRE LAS FÁBULAS

- *La mujer y la candela.*- Las llamas duraban ya desde hacía un mes en el horno del vidriero, cuando vieron acercárseles una candela en un bello y lustroso candelero; se esforzaban, llenas de un gran deseo, en alcanzarla. Una de ellas, separándose de su curso natural, y pasando a través de un tizón hueco, del que se alimentaba, y escapándose por una pequeña hendidura del lado opuesto, se arrojó con suma gula y crueldad sobre la candela que le estaba próxima, y la devoró hasta consumirla casi enteramente; queriendo luego prolongar su propia vida, intentó en vano volver al horno de donde había partido, pero no pudo evitar morir y extinguirse junto con la candela. Así, finalmente, con llantos y arrepentimientos, se convirtió en humo detestable, mientras sus hermanas seguían gozando de larga vida y espléndida belleza.

- *Falso esplendor.*- No contenta la vanidosa y vagabunda mariposa de luz con poder volar cómodamente en el aire, y conquistada por la seductora llama de una vela, resolvió dirigir a ella su vuelo; pero su alegre carrera terminó en súbito dolor. La lumbre consumió, en efecto, sus alas sutiles, y el mísero insecto cayó todo quemado al pie del candelero. Tras muchas lágrimas de arrepentimiento, se enjugó los húmedos ojos, y levantándolos al cielo dijo así: ¡Oh, mentirosa luz!, ¡a cuántos como yo debes tú en pasados tiempos haber tristemente engañado! Si quería ver la luz, ¿no debí acaso distinguir la verdadera, que nos viene del Sol, de la falsa, que se alimenta de vil sebo?

- *La llama y la marmita.*- Un resto de fuego que en un pequeño trozo de carbón había quedado entre las tibias cenizas, se nutría escasa y pobremente del poco alimento que conservaba todavía. Sobrevino entonces la criada de cocina, para preparar la comida ordinaria; colocó algunos leños sobre el hogar, reavivando en él con una pajueta el ya casi extinguido fuego; agregó sobre la llama otros leños, puso la marmita sobre ellos, y sin ninguna preocupación más se alejó tranquila.

- Y ocurrió entonces que el fuego, invadiendo los secos leños puestos sobre él, comenzó a elevarse, desalojando el aire de los intervalos que los separaban y deslizándose por éstos con alegres y juguetones movimientos.

- Habiendo así convertido los intersticios por donde introducía su aliento en alegres ventanas para su uso, iluminaba, con el brillo de las rutilantes chispas que iluminaba, con el brillo de las rutilantes chispas que despedía el espacio de la cerrada cocina, disipando la oscuridad que la entenebrece. Las llamas, desbordando al fin, se mezclaban con el aire circundante y mostraban su regocijo cantando con dulces murmullos de suaves sonidos...

- El fuego, contento de encontrar leños en el hogar, se acercó a ellos y dio en divertirse, tejiéndoles un velo de pequeñas llamas por entre los huecos que dejaban. Y así, gozoso y festivo, aparecía aquí y allá, siguiendo su camino por las alegres ventanas que él mismo se abría.

- Cuando se vio ya muy crecido y grande sobre los leños del hogar, empezó a hincharse, transformando su ánimo tranquilo y manso en soberbia inaguantable, como jactándose de atraer todo el elemento del fuego sobre aquellos pocos leños.

- Y resoplando y llenando de estampidos y centellas el hogar, las llamas agrandadas se elevaban unidas hacia el aire... Cuando las llamas más altas fueron a pegar contra el fondo de la marmita colocada sobre ellas...

- *Quien se humilla será exaltado.* - Colgada en la cumbre de un peñasco situado sobre la altura extrema de una altísima montaña, se hallaba un puñado de nieve que, recogiendo en sí misma, empezó a trabajar con su imaginación y a decirse para sus adentros:

- ¿No me juzgarán acaso jactanciosa y soberbia al verme colocada, pequeña partícula de nieve, en tan elevado sitio, y permitiendo que tanta cantidad de nieve cuanta pueda ver desde aquí, ocupe un lugar inferior al mío? Mi pequeñez no merece a la verdad una posición tan elevada, y bien podría sucederme, en prueba de mi insignificancia, lo que ayer aconteció a mis compañeras, las cuales fueron en pocas horas consumidas por el sol; y de ello fue causa el haber usurpado un puesto más alto que el que les correspondía. Yo quiero huir de la cólera del Sol y descender hasta un lugar apropiado a mi mezquindad. Y, arrojándose abajo, fuese rodando por sobre las otras nieves. Pero a medida que bajaba su tamaño crecía en proporción, de manera que, al terminar su curso sobre un cerro, se mostró casi tan grande como él. Y ella fue la última que el sol derritió en aquel verano. Decimos esto a propósito de los humildes, que son exaltados.

- *La navaja de afeitar.*- Saliéndose un día la hoja de afeitar de su mango, que le sirve también de estuche, y habiéndose expuesto al sol, lo vio reflejado en su cuerpo, de lo que se envaneció grandemente y volviendo atrás su pensamiento, exclamó:

- ¿Volveré jamás a la tienda de donde acabo de salir? No, a buen seguro. ¡Dios no permita que tan espléndida belleza caiga en tan vil tentación! ¡Qué locura sería la de ir a rapar las enjabonadas barbas de rústicos aldeanos y ocuparme de mecánicos trabajos! ¿Conviene a este cuerpo semejantes ejercicios? Ciertamente, no. Prefiero esconderme en algún lugar secreto y pasar allí una vida de tranquilo reposo. Y en efecto, pasó unos cuantos meses oculta; pero vuelta al aire libre, al salir de su mango, se vio convertida en algo semejante a una herrumbrosa sierra, e incapaz ya de reflejar en su superficie al sol resplandeciente. Con inútil arrepentimiento lamentó en vano el daño irreparable, diciendo para sí: ¡Oh, cuánto mejor fuera ejercitar en manos del barbero, mi tan agudo filo, ahora perdido! ¿Dónde está mi lustrosa apariencia? ¡La odiosa y fea herrumbre la ha destruido! Tal cosa ocurre a los ingenios que, en vez de ejercitarse, se entregan al ocio. Ellos, a semejanza de nuestra navaja, pierden su aguda sutileza, de manera que la herrumbre de la ignorancia los deforma.

- *La agitación.*- El torrente arrastró tanta tierra y tantas piedras en su lecho que tuvo que cambiar su curso.

- *El papel y la tinta.*- Viéndose el papel todo manchado de la negrura de la tinta, se lo reprocha; pero ella le demuestra que las palabras escritas sobre él serán motivo de su perduración.

- *La piedra.*- Una piedra de buen tamaño, cubierta por el agua hasta hacía poco, se mostraba sobre un lugar elevado, en el límite de un bosquecillo deleitoso y junto a un áspero camino. Rodeábanla hierbas y diversas flores de bellos colores, pero al ver las muchas piedras que debajo de ella estaban desparramadas en el camino, entrole el deseo de dejarse caer sobre ellas, diciéndose a sí misma: -¿Qué hago yo aquí con estas hierbas? Es en compañía de estas hermanas mías donde deseo instalarme.

Y, dejándose caer en efecto, fue a terminar en medio de ellas su caprichosa trayectoria. Pasado algún tiempo, las ruedas de los carros, los pies de los viandantes, las patas herradas de los caballos empezaron a darle continuo trabajo, y revolcada en el fango y pisoteada, cubierta de estiércol, dirigía vanamente su mirada hacia el lugar de solitaria y tranquila paz que había abandonado.

- Así acontece a los que, alejándose de la vida solitaria y contemplativa, vienen a vivir en las ciudades y entre gentes llenas de infinitos vicios.

- *El agua.*- Encontrándose el agua en el soberbio mar, que es su elemento, le vino el deseo de subir sobre el aire, y ayudada por el fuego elemental, elevándose en sutil vapor, parecía casi tan ligera como el aire mismo. Subiendo en alto, llegó adonde la atmósfera es menos densa y más fría, y allí fue abandonada del fuego; y las pequeñas partículas condensándose y uniéndose, se hicieron pesadas. Su descenso, convirtió la soberbia en fuga.

- Cayó, pues, del cielo y fue bebida por la seca tierra, en la cual por mucho tiempo encarcelada hizo penitencia de su pecado.

- *El castaño y la higuera.*- Viendo el castaño a un hombre que, trepado sobre una higuera, doblaba sus ramas hacia sí y de ellas arrancaba los maduros frutos que iba metiendo en la abierta boca para romperlos y dilacerarlos con los duros dientes, empezó a sacudir sus largas ramas y a decir: -¡Oh, higuera, cuánto menos que yo debes tú a la naturaleza! Observa cómo dispuso ella, para mejor guardar a mis dulces hijos, vestirlos primero de una delgada camisa y envolverlos luego en una piel espesa y resistente; y todavía, no satisfecha de tanto favorecerme, les construyó una sólida habitación, defendida por espinas abundantes y agudas, a fin de que las manos del hombre no puedan dañarla. La higuera entonces echose a reír junto con sus hijos, y cuando hubo concluido de reírse, le contestó así: -Tú ignoras

que el hombre se ingenia, con pértigas, piedras y sarmientos, para hacerte bajar las ramas y privarlas de sus frutos, los cuales, caídos al suelo y golpeados con los pies o con piedras, salen estropeados y maltrechos fuera de la fortificada casa. A mí, entretanto, los hombres me tratan con manos cuidadosas y no -como a ti-, con palos y guijarros.

- *Las malas compañías.*- La viña envejecida sobre el viejo árbol, arrastrada por su triste compañero, compartió su ruina.

- El sauce que, gracias a sus largas ramas, pretende superar a los demás árboles, por haber trabado compañía con la vid, podada todos los años, era estropeado siempre al mismo tiempo que ella.

- *El ligustro y el mirlo.*- El ligustro sentía en sus delgadas ramas, cargadas de frutos nuevos, las heridas que le causaba con sus garras y su pico un importuno mirlo; y lo acusaba con dolientes quejas, pidiéndole que, ya que le robaba sus delicados frutos, le dejase al menos las hojas que lo defendían del quemante sol, y no lo descortezase, desnudándolo con sus agudas uñas, de su tierna piel. A ello contestó el mirlo con grosera aspereza: -¡Calla, vil arbusto! ¿Ignoras que la naturaleza te manda estos frutos para mi nutrimiento? ¿No sabes que si estás en el mundo es para alimentarme? ¿No prevés, villano, que en el próximo invierno harán fuego con tu leña?

Palabras todas éstas que fueron pacientemente escuchadas por la planta, aunque no sin lágrimas. Poco tiempo después, el mirlo fue cogido en una red y los cazadores cortaron algunas ramas para construir una jaula donde encarcelarlo, siendo casualmente elegidas para formar el enrejado de la jaula algunas flexibles varas del ligustro. Cuando éstas observaron que eran causa de la pérdida de libertad del mirlo, festejaron el caso, dirigiéndole estas palabras: -¡Oh mirlo! ¡Aquí estamos, no consumidas aún por el fuego, a pesar de tus pronósticos: te vemos a ti preso antes que tú nos veas quemadas!

- *La nuez y el campanario.*- Sucedió que la nuez era llevada por una corneja a lo alto de un campanario. Dejola caer el pájaro en una grieta del muro, y así la nuez se vio librada del mortal pico de la corneja. Suplicó entonces al muro que la socorriera, por la gracia que Dios le había concedido de ser tan eminente y ornado de bellas campanas de tan venerable sonido; y que no la abandonase en la desdicha que le había impedido caer bajo las verdes ramas de su viejo padre y sobre la blanda tierra cubierta de hojas caídas, realizando así el voto que había hecho mientras se hallaba en el fiero pico de la fiera corneja, de acabar su vida, si escapaba de este peligro, en cualquier modesto rincón. Movido a compasión, consintió el muro en hospedarla en el lugar donde ella había caído. Al poco tiempo, empezó la nuez a abrirse y echar raíces por entre las fisuras de las piedras y ramas fuera de su cueva, hasta que estas ramas se elevaron por encima del edificio y aquellas raíces, cada vez más gruesas y retorcidas, abrieron los antiguos muros y sacaron las piedras de sus viejos sitios. Tarde y en vano deploró entonces el campanario la razón de su desgracia, cuando vio en poco tiempo arruinados sus muros.